

**Nota necrológica: Tomás Brody Spitz,\*  
por Rafael Martínez-E.**

*But still this world...  
Content us not. A better shall we have?*

*Alexander Pope, An essay on Man.*

Tomás fue el nombre de ambos. Del primero, cuya obra y momentos de grandeza se sitúan en la primera mitad del siglo xv, descubrí una estatua mientras paseaba por unos jardines cercanos al Támesis, durante un otoño de hace muchos años. La figura en piedra me recordó al otro Tomás, el que fuera mi maestro, pocos meses antes, en un curso donde se nos llamó la atención hacia algunos problemas filosóficos de la física cuántica.

La misma expresión, personalidades seguramente similares. La estatua de Tomás Moro se encuentra frente a una semiderruida iglesia en el barrio de Chelsea, quedando intacta, casi como estaba cuando Moro la visitaba, solo la capilla que lleva su nombre. Aparte de esto, todo aquello que él vio ya no existe. Los sitios donde descansó, planeó y meditó, donde tomó grandes decisiones, ya son sólo historia. Pero permanece la estatua que conmemora el rechazo de Moro a intercambiar su vida por sus ideales, en una actitud de heroica sencillez, en la forma en que todo arte de lo heroico resulta una simplificación de lo complicado que es la vida. Sus manos entrelazadas y el rostro sereno, un crucifijo alrededor del cuello y el collar sobre sus rodillas, todo esto con un brillo luminoso que contrasta con el opaco bronce del manto y el bonete típico del sabio renacentista. La cadena dorada, por un tiempo muestra de la estimación que le tenía el rey, adornado su cuello en el retrato que le hiciera Holbein, yace ahora sobre sus rodillas señalando el triunfo del intelecto sobre las comodidades del poder real.

\* Investigador Emérito de la UNAM, falleció el 22 de noviembre de 1988.

El de Moro era un intelecto al servicio de una nueva sociedad, a la cual buscaba mejorar. Era éste el sueño de los humanistas. En Brody, como muchos lo llamábamos, también había una mente ocupada en entender y desentrañar al mundo que nos rodea y las abstracciones que de ese mundo ha hecho el hombre. Ciencia y filosofía fueron ámbitos en los que se paseó dejando huella. Sus cursos y pláticas, seminarios y escritos, son las columnas que sostienen el edificio que habitaron las ideas de las que mucho nos nutrimos. Sin embargo todo esto no hace justicia a la gran personalidad de quien fuera maestro de muchos e insigne inquisidor intelectual de tantos otros. Estas facetas dejan de lado un aspecto que para mí lo situaría una vez más al lado de Moro, refiriéndome con ello a su calidad de hombre, entendida ésta como aquello que lo identificaba como miembro de una civilización, es decir, una sociedad que fomenta los logros y los avances que aumentan el bienestar común.

Su bonhomía y respeto hacia los demás, aun presente en las no tan extrañas discusiones que sostuvo con colegas o con quien simplemente estuviera dispuesto a discutir algún asunto que considerara interesante, me recuerdan una anécdota que sobre Kant se cuenta. Nos dice E. Panofsky que nueve días antes de su muerte, el filósofo alemán recibió la visita de su médico. Viejo, enfermo y casi ciego, Kant dejó su asiento y se mantuvo de pie, temblándole las piernas por la patente debilidad que mostraba y balbuceando algunas palabras. Finalmente el visitante entendió que el viejo filósofo no se sentaría si no lo hacía él antes. Habiendo ocupado el médico una silla, Kant permitió que se le ayudara a volver a su lugar de reposo, y después de recobrar el aliento dijo: "El sentido de humanidad aun no me ha abandonado". Los dos hombres dejaron que las lágrimas rodaran por sus mejillas, pues a pesar de que la palabra humanidad significaba, en el siglo XVIII, algo así como cortésia o urbanismo, para Kant tenía un significado más profundo y que las circunstancias del momento habían enfatizado. Este significado nos remite a los orígenes del humanismo, cuando el concepto de "humanitas" se refería a una actitud, a una convicción de la dignidad del hombre, basada en la existencia de los valores humanos —en oposición a lo que define a la bestia— que surgen de la racionalidad y la libertad, y al mismo tiempo aceptando las limitaciones que la naturaleza impone a lo humano.

Esta actitud de Kant sentí era compartida por Brody durante una larga enfermedad que padeció, cuando sin importarle su estado físico permitió le hicieramos una visita varias personas que estábamos preocupadas por su estado de salud. Este humanismo del que hizo gala, además de su labor de científico y maestro que le hicieron merecedor a la categoría de Investigador Emérito de la UNAM, hará que lo recuerde siempre como ocupando un lugar al lado de aquellos grandes hombres del renacimiento, quienes ávidos del conocimiento que el hombre generaba en todas sus ramas, dieron sentido a la palabra Humanismo.

Es una lástima que su muerte tuviera lugar como consecuencia de los actos de quienes representan la negación de un estado civilizado para el hombre.

Imagino, si hubiera dónde, a los dos Tomás caminando pausadamente, enfrascados en amena disputa y acudiendo a la cita que puntualmente será atendida por el otro humanista del que ya hablé.

**These were Imperial Works, and worthy Kings,  
and dear Men.**